



El socialismo democrático

J.A. González Casanova

Entre el verano de 1976 y el de 1979, Ignacio Sotelo escribió las páginas que, un año más tarde, formaron el libro editado por Taurus sin que, como era de temer, tuvieran todo el eco que el pensamiento y la personalidad de su autor se merecían. En la inflación editorial y en el acopio de lecturas superficiales o eternamente postergadas no suele haber sitio para la asimilación reflexiva del pensamiento ajeno ni para el debate

ordenado, creador y suficientemente público. Y, sin embargo, este libro de madurez personal e intelectual, escrito con estilo terso, claro, elocuente y contenido, siempre humano, pretende y logra ser la obra de un político que busca —como Marx— relacionar la utopía con la realidad (la primera, recordada, y la segunda, dada por sabida), pero a través de nuevos puentes, al ser ya los anteriores —los de Marx—, según Sotelo, intransitables.

El libro se estructura según la pedagogía clásica —tan afín a la forma musical de la sonata— de una exposición inicial de temas, el desarrollo de los mismos y la reexposición de los dominantes; los cuales, en este caso, coinciden con las alternativas que Sotelo ofrece a la crisis del socialismo contemporáneo. La obra concluye con una coda

dedicada al análisis —muy lúcido— de la reforma política y constitucional española de los años 1977-78, y de los angostos límites democráticos por los cuales avanza la estrategia de un socialismo posible; estrategia que Ignacio Sotelo define claramente en su libro y a cuya realización se ha empeñado, una vez concluido, desde la dirección política del PSOE.

Sotelo resume con soltura, en el primer capítulo, el actual estado de la cuestión del socialismo. Sus principales conclusiones son que el marxismo, en cuanto *socialismo científico*, entra en crisis al contacto con la realidad histórico-social y que, en todo caso, su científicidad le ha conducido a diversos revisionismos, todos ellos conducentes —a la postre— a dos modelos igualmente alejados del socialismo democrático:

la socialdemocracia de origen bernsteiniano (basada en el reformismo estatalista) y el leninismo, que culmina en Stalin y que se agazapa contradictoriamente en el eurocomunismo (basado en el revolucionarismo clasista y, a la larga, burocrático).

Ignacio Sotelo considera que ya no tiene sentido ser marxista ni anti-marxista, sino que debe volverse, con espíritu crítico, a las diversas fuentes del socialismo en lo que tienen de común: el anticapitalismo y su mejor expresión, la democratización de la economía, la sociedad y el Estado. Frente al cientifismo fisiocrático y burgués del Marx liberal ilustrado, la ética anticapitalista del Marx (o de Proudhon, Bakunin, Rousseau, etc.) demócrata. Ahora bien, el capitalismo puede ser éticamente perverso, pero no se derrumba. Excluida en Occidente una revolución socialista, ¿cómo trazar la vía pacífica, gradual y democrática que conduzca al socialismo, sin caer en la trampa socialdemócrata del reformismo que gestiona el sistema capitalista?

Para Sotelo, la contradicción radical se instala entre capitalismo (por reformado que se halle) y democracia. Esta no es sólo una situación, sino un proceso. Democratizar es construir el socialismo porque implica distribuir el poder económico, social y político entre los ciudadanos, en su mayoría pertenecientes a las clases dominadas por el sistema capitalista. De ahí que el socialismo democrático no pueda conformarse con la democracia electoral y parlamentaria del Estado socialdemócrata ni, mucho menos,

con el colectivismo burocrático sin libertades del leninismo stalinista. El socialismo no surge del Estado, sino de la sociedad, y ésta —en los países de capitalismo avanzado, al menos— es un tejido de sectores múltiples que requiere una estrategia socialista de múltiples acciones sectoriales, y un partido socialista asimismo democrático (no burocrático), social (no electoral-parlamentario únicamente), descentralizado y transformador de la sociedad, atento sobre todo a la dialéctica conflictiva capital-trabajo, preocupado por la democratización de la empresa y de todos los centros de poder y, en definitiva, más interesado en los fenómenos sociales de dominación que en las superestructuras jurídicas de la propiedad.

En los cuatro capítulos siguientes, Sotelo desarrolla con cuidado los temas apuntados en un principio, y aporta las pruebas que justifican sus conclusiones. Su crítica a la socialdemocracia, al leninismo y el eurocomunismo le conducen, sin remilgos ni falsas vergüenzas, a poner de relieve la crisis del marxismo. Pero su coincidencia con la crítica socialdemocrática a éste no le permite aceptar ésta como alternativa, según he dicho, ya que, en último extremo, también la socialdemocracia sería una variante táctica (economicista, estatalista, burguesa) del marxismo.

En los capítulos sexto y séptimo, Ignacio Sotelo reexpone los temas dominantes de su introducción, es decir, profundiza con gran coherencia, e incluso belleza, en su alternativa democratizadora y en

su estrategia socialista. Aquí, el realismo crítico de la descripción de los dos modelos históricos que rechaza deja paso a la utopía profética y ética, no por ello con menos pretensión realista y posibilista. La lucha por la democratización de las sociedades estatales es, al mismo tiempo, la lucha por el socialismo democrático.

Ignacio Sotelo nos recuerda la tradición popular y subversiva de los demócratas frente a la oligarquía caciquil del Estado liberal. Liberalismo y democracia no coinciden, más bien se enfrentan, aunque, dialécticamente, sólo los demócratas son liberales consecuentes, ya que no hay verdadera libertad sin igualdad y sin participación. Ahora bien, ni la clase obrera revolucionaria ni el Estado socialdemócrata son los verdaderos sujetos de la lucha por el socialismo, sino la sociedad —sectorial y múltiple— en su conjunto. El socialismo *utópico* de Sotelo no es más que la convergencia —que algunos calificarán de ecléctica— de los ideales igualitarios, libertarios y solidarios que combaten al capitalismo. El nuevo sujeto histórico del combate socialista es hoy mucho más amplio, rico y variado. Nada democráticamente humano le es ajeno. Todas las liberaciones le son propias. Pero esto supone un partido nuevo. Como escribe lapidariamente, «*el carácter socialista de un partido que se llama socialista se juzga por el tipo de organización: un partido de nuevo tipo, descentralizado, para poder llevar a cabo una estrategia sectorial, y con participación real de los militantes, para que su aper-*

tura a las clases dominantes produzca una ósmosis entre sociedad y partido, que cuaje en reivindicaciones colectivas que, por su afán democratizador, trasciendan el orden establecido. Si no se consigue un nuevo tipo de organización que supere la congelación burocrática que hizo fracasar, como instrumento de democratización, a los partidos leninistas y socialdemócratas, el socialismo se disolverá en pura ideología legitimadora de nuevas relaciones burocráticas de poder».

En la coda final de su libro, Sotelo intenta ser coherente con sus tesis en el caso de reforma español y en las consiguientes tareas democratizadoras que le corresponden al PSOE, a cuya dirección se incorporó para impulsarlas. Su coherencia le lleva a reconocer la importancia de una política reformadora por parte de los socialistas (única ruptura democrática posible frente al conservadurismo de una derecha ex-autoritaria y siempre proclive a la involución), pero denuncia con razón el peligro de que el PSOE no sepa vivir la tensión interna de un justo equilibrio entre el reformismo y la transformación verdaderamente democratizadora que ha de conducir al socialismo. El Sotelo político habrá vivido esa tensión y sus contradicciones como el primero, siempre azuzado por las exigencias intelectuales y éticas que en su obra ha sabido expresar tan bien.

Si «*El Socialismo Democrático*» es un libro de madurez, que resume la propia evolución del autor y que conduce a ese utópico centro equidistante —«*ni eso ni lo*

otro»— que es ya toda una sabiduría política, es también, por eso mismo, un libro de moral tensa y difícil, cuya aplicación práctica puede conducir, según los casos, ya al acomodo paciente y posibilista, ya al más amargado infarto. Es un libro que servirá de memoria a los desmemoriados del socialismo, y que será cita obligada para criticar conductas aventureras o claudicantes; pero no menos expresa la contradicción de todo intelectual auténtico, es decir, de todo esteta que busca la armonía simétrica incluso en el caos polimórfico de la sociedad capitalista actual. Sotelo no tiene más que aproximarse a la práctica política para comprobarlo. Libro coherente, simétrico, equilibrado e irónico el suyo; lleno de pasión clarividente, y que sitúa a su autor en esa solitaria cúspide de un pensamiento socialista español, ciertamente exiguo, al que Sotelo enriquece, incita y provoca. Ojalá el debate de sus tesis sea el mejor homenaje que reciba.

IGNACIO SOTELO: «*El Socialismo Democrático*». Taurus, 1980.

La búsqueda continúa

Agustín Díaz Yanes

A la ya larga lista de historiadores anglosajones dedica-

dos a temas españoles hay que añadir, desde hace algún tiempo y por derecho propio, el nombre de *Ian Gibson*, el audaz e inquieto historiador irlandés al que nadie puede negar ni sus dotes de trabajo ni su fino olfato para perseguir un tema hasta agotarlo. Su libro sobre García Lorca es buena prueba de ello.

Habrà, pues, que empezar agradeciendo a Gibson su doble interés por España, tanto físico —vive en este país—, como histórico. Y habrá que agradecerle también el que haya tenido el valor —el tema lo exige— y la perspicacia de escribir un libro sobre *José Antonio Primo de Rivera**. Una de las personalidades más importantes, y, probablemente, más interesantes de la política española contemporánea. Es muy natural, por lo tanto, que cualquier persona interesada en la historia de España reciba este libro, cuando menos, con expectación. Lo grave del caso es que el libro, una vez leído, no responde a las expectativas del lector (aunque sería más justo decir del lector que escribe estas líneas, pues el libro de Gibson ha tenido aceptación popular, e incluso ha obtenido el premio *Espejo de España*). Quizá la responsabilidad fuera mucha. Un historiador progresista enfrentándose al dirigente máximo del fascismo español... quizá José Antonio es una personalidad histórica demasiado escurridiza... o quizá, y esto es lo más probable, Gibson ha caído en el mismo error que Santos Juliá

* IAN GIBSON: «*En busca de José Antonio*». Editorial Planeta. Barcelona, 1980.